

OPINIÓN ARTICULOS

La revolución de las costumbres

Begoña Piñero Hevia. Presidenta de la Tertulia Feminista 'Les Comadres'

«El orden de las cosas no es un orden natural contra el que nada puede hacerse, sino que es una construcción mental, una visión del mundo con que el hombre satisface su sed de dominio».

Pierre Bourdieu

Esa 'construcción mental', esa forma de organización política, económica y social, basada en el predominio de los hombres sobre las mujeres, al que el feminismo llama patriarcado, es lo que queremos desmontar las mujeres que no nos conformamos con el lugar y trato que esta forma de organizar la sociedad nos tiene reservado. Como dice nuestra querida y admirada Amelia Valcárcel, «esta revolución de las costumbres es, además, la revolución más pacífica y más justa, pues su fin no es que haya vencedores ni vencidos, sino conseguir que mujeres y hombres avanzando juntos, sean lo más felices posible».

Costumbres basadas en el discurso de la desigualdad, en el machismo que de forma contumaz pretende hacernos creer que los hombres son superiores a las mujeres. Costumbre que justifica que las mujeres sean las 'reinas de la casa' y el 'descanso del guerrero'... Costumbre que justifica, «... la maté porque era mía». Costumbre que justifica «decía que no, pero quería decir que sí». Costumbre que justifica «para qué quieres tener un empleo si con lo que gana tu marido es suficiente para los dos». Costumbre que justifica «si trabajas fuera de casa, quién va a atender a los niños». Costumbre que justifica «está sola porque... no tiene quién la quiera».

Costumbres que justifican lo que no tiene justificación posible. Y ahí están, ahí estamos, tratando de acabar con estas 'costumbres': Las que se niegan a ser las reinas de una casa en la que no hay súbditos y sí muchos reyes. Las que no se conforman con que el guerrero sea sólo eso, guerrero, no compañero, amante o amigo. Las que denuncian que no somos posesión de nadie, ni culpables de que nos maltraten ni física ni psicológicamente, aun a costa de que les cueste la vida. Las que saben lo que quieren y desean: si dicen 'no' es que 'no', a pesar de que a muchos les sea imposible aceptarlo. Las que luchan por tener independencia económica, porque saben que es la única manera de tener independencia. Las que, aún a costa de sentirse inmerecidamente culpables y con doble jornada, salieron a trabajar fuera de casa, abriendo camino para las siguientes. Las que entendieron que más vale estar sola que mal acompañada y nos sirven de ejemplo, aunque no lo pretendan. Las que desde su trabajo voluntario en asociaciones denuncian y ponen al descubierto las injusticias a las que ni queremos ni podemos acostumbrarnos. Las feministas que están trabajando en la política y se hacen eco de nuestras reivindicaciones. Las teóricas del feminismo, describiendo y dándole nombre a nuestros problemas: patriarcado, sexismo, machismo, sexo, género, violencia... Y los hombres, que nos acompañan en este largo camino hacia la igualdad.

Ellas y ellos son conscientes de la importancia que tiene la reciente aprobación de la Ley de Igualdad por todos los partidos políticos -a excepción del Partido Popular-, con justificaciones que ya no engañan a nadie. Si fuera cuestión de valía, por ejemplo, en estos momentos hay muchas mujeres preparadas para estar en todos los ámbitos de poder...

Es justo mencionar que parte del movimiento feminista cree que esta ley es muy intervencionista. Obvio que sería mejor no tener que conseguir la paridad por ley, pero, seamos realistas, si en su tiempo no se hubieran impuesto las cuotas, ¿cuántas mujeres estarían ahora en las listas electorales?

Recordemos las tensiones, luchas e incomprensiones que tuvieron leyes liberadoras como las de divorcio, la de interrupción del embarazo y la de violencia integral contra las mujeres, que hoy son aceptadas y aplaudidas por la mayor parte de la sociedad. Llevamos los suficientes años de democracia como para saber que, en cuestiones de igualdad, lo que nos es por ley avanza demasiado lentamente o no avanza. Si Clara Campoamor inició la conquista social del derecho al voto para las mujeres, Soledad Murillo y sus compañeras han abierto, una vez más sin violencia, el camino para 'romper' el techo de cristal.